

“Ecos de la tierra”, el título de la muestra de Siegfried Antonello Schwendtner (Austria, 1951) que hoy presentamos, nos remite a varios episodios cuyo punto de partida han sido paisajes de la provincia de Córdoba; concretamente el cerro Champaquí, cercano a la casa que Siegfried Antonello se construyó en San Javier para seguir celebrando en sus visitas de cada año, lo que se manifiesta u oculta a la visión, en aquella naturaleza a veces dulce otras agreste, cuyas cambiantes facetas le han venido suscitando los más imponderables sentimientos. Es esta vivencia plena la que día a día entrega al artista el espesor de aquella realidad con sus luces y sombras.

Los magníficos dibujos y acuarelas de la muestra son el primer episodio de este *work-in-progress*. Pero me apresuro a decir que en estas obras cargadas de levedad y delicadeza, no se trata de una mansa mimesis del paisaje –que permitiría constatar tautológicamente aquella región del mundo- sino de una inspirada evocación con líneas y transparencias que diluyen aquella realidad para proponer otra: un viaje donde las apariencias revelan una potente interpretación que con sus ritmos y climas desata un sentimiento que nos lleva al corazón del paisaje.

Cuando el año pasado surgió la posibilidad de esta exposición, Siegfried Antonello escribió en un pequeño texto: “... entonces se me ocurrió que quizás esas múltiples notas de pequeño formato - las acuarelas y dibujos- podrían desempeñar un papel. Cuando comencé a pintar los cuadros de gran formato siempre estaban presentes aquellas notas y recuerdos, pues siempre estaba pegando alguno de esos pequeños poemas para que estuvieran en mi campo visual”. No es casual por esto que, aunque hay notables diferencias formales las obras de gran formato mantienen un diálogo profundo con las acuarelas y dibujos. Y aunque unas tengan referente y las otras sean autónomas, el sentimiento de lo orgánico está presente en unas y otras, aunque las de mayor tamaño respondan a procedimientos donde el azar juega un importante rol. En este sentido las últimas obras más que telas para trasladar bocetos, ideas o visiones, advinieron receptáculos para recibir las más variadas acciones: materia densa o liviana puesta con pincel o espátula, borraduras o rescates de los más variados accidentes que surgen en el proceso creativo. Por otra parte las sucesivas capas de pintura que se van depositando, al fin hacen de las obras verdaderos palimpsestos donde según la luminosidad de las capas de pintura se establece un juego interno de gran riqueza. También es notable cómo en los márgenes muchas veces un fragmento de paisaje pugna por aparecer como un eco de la tierra.

Desde aquellas excelentes acuarelas de los Valles Calquaquies que Siegfried Antonello presentó en el Centro Cultural Recoleta en 1999 hasta el presente, su aventura abrió y entretejió ciclos en la desasosegada búsqueda de lo que Etienne Gilson llamó la “forma germinal”, que es imaginada por el artista y que surge de su afán transfigurador de la realidad. Es obvio que en estas últimas obras la realidad emerge de un enigmático territorio lleno de acentos y ritmos, mostrando cuantos mundos entre la luz y de la sombra hay en la pintura.

Bien podría Siegfried Antonello hacer suyas aquellas palabras de Plotino:”...las artes crean muchas cosas por si mismas. Donde algo falta, ellas lo suplen, porque tienen belleza.”

Raúl Santana

Buenos aires, noviembre de 2013